

La relación entre Fernán Caballero y Rosalía de Castro

MARÍA DO CEBREIRO RÁBADE VILLAR
(Universidade de Santiago de Compostela)

*A José Manuel González Herrán,
con gratitud por su generosidad
y por su valiosa contribución al estudio de Rosalía*

Tanto Fernán Caballero como Rosalía de Castro constituyen piezas significativas del damero construido por la historiografía literaria decimonónica a propósito de las mujeres escritoras. Como ha sostenido Susan Kirkpatrick (1998), el propio discurso histórico sobre el período las presenta en contraste, a partir de sutiles operaciones discursivas fundamentadas en el eje «adelanto»/«atraso». Frente a la relativa marginalidad tradicionalmente deparada a escritoras como Pilar Sinués o Ángela Grassi, el canon historiográfico rescata a Fernán Caballero por su hipotético *adelanto* con respecto a los modos del realismo y concede una posición relevante pero al mismo tiempo excéntrica a Rosalía de Castro, a quien considera como una autora *rezagada* con respecto al romanticismo literario. En palabras de Kirkpatrick:

Fernán Caballero, identificada con lo masculino en sus preferencias tanto de pseudónimo como de modelos literarios, fue aceptada parcialmente en el canon por convertirse en precursora del realismo [...]. Rosalía de Castro es la excepción aquí, y es precisamente como excepción como se interpreta su obra en la narrativa dominante de la historiografía literaria española, donde se la ve como una figura anómala asociada con una nacionalidad y género sexual también marginados (1998: 74).

Sería una tarea muy compleja revisar a fondo esta distribución posicional. Y aunque, como apunta Kirkpatrick, el reparto de papeles no se ajuste del todo a la verdad, lo cierto es que resultó historiográficamente muy rentable. En primer término porque consiguió fijar, para la escritura de las mujeres del siglo XIX en el Estado Español, un centro y una periferia, con respecto a los cuales todas las demás piezas hubieron de reajustarse. En el centro, el realismo costumbrista, la defensa de la nación española por vía del regionalismo andaluz, la mujer que, en virtud del pseudónimo masculino, borra su género en la escritura pública y funda, a partir de una concepción romántica del Sur peninsular, la novelística española moderna. En la periferia, el discurso lírico asociado al romanticismo tardío, el cuestionamiento del centralismo español por vía del *Rexionalismo* gallego, y la mujer que escribe desde una posición interpretable como feminista. A esta luz quizás pueda entenderse mejor la innegable capacidad de Emilia Pardo Bazán para hacerse con un espacio de poder e influencia en el campo literario español de la segunda mitad del siglo XIX. Si bien en los últimos años autores como Aseguinolaza (2013: 475-487) han avanzado hipótesis sugerentes sobre la relación entre

Rosalía de Castro y Emilia Pardo Bazán, todavía constituye una tarea pendiente estudiar hasta qué punto la adquisición, por parte de la condesa, de un lugar central en ese damero obedeció a su capacidad para situarse en una posición equidistante con respecto a las dos descritas, importando en su favor recursos propios de ambas estrategias¹.

Regresemos ahora al punto de partida, es decir, a aquello que, sobre sus campos culturales y sociales respectivos, podrían revelar las relaciones personales entre Rosalía de Castro y Fernán Caballero. Sin duda una de las expresiones mayores de amistad entre escritores es el género de la dedicatoria, que por su fuerza y eficacia performativas podría llegar a compararse con una carta pública o abierta. Si nos atenemos a su uso de este género, podríamos inferir que Rosalía de Castro tenía en gran estima a la autora germano-andaluza Cecilia Böhl de Faber, pues al inicio de su obra *Cantares Gallegos* (1863), poemario que la historiografía literaria considera la pieza inaugural y maestra del renacimiento cultural de Galicia, escribe:

Señora: Por ser mujer y autora de unas novelas hacia las cuales siento la más profunda simpatía, dedico a Vd. Este libro. Sirva él para demostrar a la autora de *La Gaviota* y de *Clemencia*, el grande aprecio que le profeso, entre otras cosas, por haberse apartado algún tanto, en las cortas páginas en que se ocupó de Galicia, de las vulgares preocupaciones con que se pretende manchar mi país (Castro 1993: 485).

El tono elogioso, aunque también vagamente reticente («algún tanto»), de la dedicatoria contrasta con lo abrupto de la segunda mención a Cecilia Böhl de Faber en el *corpus* de Rosalía de Castro. Esta vez la mención no es de carácter público, sino privado. Pertenece, en concreto, a la correspondencia entre la autora y su marido Manuel Murguía, en una carta fragmentaria y sin fecha (Castro 1993: 604-605). El tratamiento que se le depara a Fernán Caballero ahí es abiertamente desfavorable. Resulta muy interesante, en primer lugar, el término que Rosalía de Castro elige para el insulto. En efecto, la llama sin rodeos «plebeya» y añade: «no dudo que es buena, pero imagínate que si tiene, como me supongo, la manía de Ferminita agregada a otras muchas y a una respetable edad, ¿de qué modo mirará las cosas!» (605)².

Juicios tan acerbos como estos parecen no hallar fácil acomodo con otro indicio que parecería confirmar el afecto entre las escritoras. En las dos ocasiones en las que se ocupó incidentalmente de la cuestión, Carballo Calero (1959: 94, n. 36; 1996: 101-102) insiste en que la recepción que Böhl de Faber le deparó a la obra de Rosalía de Castro fue enteramente favorable. Aduce en este sentido una carta que pudo consultar -hoy perdida (Rodríguez 2011: 22)-, dirigida por Fernán Caballero a la autora gallega a propósito de la novela rosaliana *El caballero de las botas azules*. De esa carta, Carballo Calero cita pasajes tan elogiosos como el siguiente: «toda mi admiración por el libro

¹ Pardo Bazán dedicó reflexiones críticas tanto a Rosalía de Castro como a Fernán Caballero. La primera es la indudable protagonista de su discurso sobre *La poesía regional gallega*, donde consigue fijar para la poeta gallega una posición que haría vasta fortuna en la tradición historiográfica: es decir, la de cantora del alma popular gallega, a despecho de otras dimensiones de su producción escrita (por ejemplo, la poético-filosófica, la articulística o la novelística). Más incidentales, pero igualmente reveladoras, son las reflexiones de la condesa sobre Fernán Caballero, a quien en sus *Retratos y apuntes literarios* circunscribe siempre a la órbita del costumbrismo (158, 167, 283, 33), relegándola a «un remoto preludio del verdadero novelar» (Soria 1996: 16).

² Con la expresión «manía de Ferminita» Rosalía de Castro podría estar haciendo una alusión al personaje de Fermina en *El barón* de Leandro Fernández de Moratín, comedia estrenada en 1803, pero que había sido representada años antes como zarzuela en Cádiz. Una de las principales características de Fermina es su tendencia a decir lo que piensa, aun cuando no se le pregunta, y el no ahorrar calificativos despectivos.

[...]. La novela de usted es un misterio, aun para mí que lo he leído y releído, estudiando [*sic*] y meditado, pero un misterio lleno de atractivo y de interés; es una cosa nueva en su género [...] una obra escrita con tanto saber, talento y gracia [...] el libro de usted se levanta muy alto sobre las obras morales e inmorales que nos inundan» (Fernán Caballero *apud* Carballo 1996: 102).

Basándose en las disculpas que Fernán Caballero esgrime al inicio de esta carta, Carballo Calero trata de desvelar el origen del enfado de Rosalía de Castro, testimoniado en la antes citada carta a Murguía. Lo que concluye es que podría deberse a la tardanza de la escritora andaluza en dar acuse de recibo de su novela (1996: 93-102). Sin embargo, en el artículo que dedica a *Cantares gallegos* en el centenario de su publicación, Bouza Brey llamaba la atención sobre otro documento muy esclarecedor, que él no había podido consultar, pero que ha sido hallado y reproducido en el año 2013 en la página web del Centro de Estudios Rosalíanos, acompañado por un estudio de Anxo Angueira.

Este documento es una misiva, fechada el 25 de enero de 1864, en la que Fernán Caballero agradece el envío de *Cantares gallegos*, y en la que comienza por deparar encendidos elogios poéticos a Rosalía de Castro³. En efecto, a propósito de *Cantares* la llama «ruiseñor de Galicia» y pondera el valor de unas palabras «brotadas del corazón y de un corazón selecto, pues solo tal corazón siente como U. sabe expresarlo» (Angueira 2013: 10). Sin embargo, a continuación la carta se internará por senderos ajenos a la apreciación literaria, y sin duda menos favorables a la autora gallega. Tras reconocer, en referencia a Galicia, «la expresión idealizada de aquella bella y lozana provincia» (Angueira 2013: 11), la escritora andaluza lamenta la nómina de agravios de la gallega con respecto a su tierra y, sentenciosa, concluye: «si de los gallegos grotescos e ineptos que salen de su país para ocupar oficios bajos pero lucrativos en otros, se burlan, recuerde U. que la jactancia y ponderaciones de los andaluces son igualmente un continuo manantial de burlescos chistes para las demás provincias» (Angueira 2013: 11).

Hasta aquí los escasos documentos a partir de los cuales es posible sostener el carácter ambiguo de la relación personal entre las escritoras. No parece secundario el hecho de que estos documentos sean, bien de carácter paratextual (como la dedicatoria), bien de carácter paraliterario (como la correspondencia privada). A la admiración y el deseo de agradar -no sin alguna reticencia- que revelan la dedicatoria pública de los *Cantares Gallegos*, hay que contraponer el desdén y enojo expresados en una carta privada de Rosalía de Castro a Manuel Murguía. Y la apreciación favorable de la que es objeto, para Fernán Caballero, *El caballero de las botas azules* contrasta con la cautela que le merece la orientación *provincialista* de los *Cantares*. Pero ¿cómo se sitúa la obra de las escritoras en relación con estas corrientes afectivas, y de qué modo estos afectos o desafectos personales permiten reflexionar sobre las ideas literarias y políticas de ambas?

Empecemos por el concepto de nación. Habría que salvar, en primer término, lo que de anacrónico puede haber en el empleo del término *nacionalismo* para referirnos al *provincialismo* y después al *rexionalismo* en el que militó el matrimonio Murguía-Castro. Refiriéndose al *rexionalismo* del siglo XIX, Cabo Aseguinolaza señala ese peligro al constatar que el postulado de una estrecha afinidad entre ambos términos implica asumir «un proceso teleológico que hace del regionalismo una fase previa y

³ Angueira presenta una reproducción digital de la carta, seguida de una transcripción literal. Cito por el original reproducido digitalmente, con mínimas actualizaciones de la puntuación y de la ortografía.

negada del nacionalismo» (2008: 90). También cabría tener en cuenta el hecho de que, frente al uso reiterado de conceptos como el de *país* o *patria* para hacer referencia a Galicia, el término nación gallega -no así el de *nacionalidad*- fue extraño tanto al léxico político de la autora como al de sus correligionarios⁴.

Ahora bien, desde el clásico estudio de Miroslav Hroch (1985) sobre las fases del nacionalismo, es convención aceptar que todo proceso de construcción nacional atraviesa por una primera fase de afirmación cultural y lingüística, así como de reivindicación de las tradiciones y costumbres autóctonas, en la que los escritores e intelectuales locales desempeñan un destacado papel. Cobra todo sentido en este contexto la innegable contribución del libro *Cantares gallegos* a la constitución de un imaginario asentado en la equivalencia entre la identidad territorial y un paisaje descrito como fértil y acogedor (López Sánchez 2008). Teniendo en cuenta estas premisas, parece claro que Rosalía de Castro fue una autora abiertamente comprometida con un proyecto de afirmación de la identidad colectiva de índole (proto)nacional.

Aunque tejido con otros mimbres y presidido por distintos objetivos, este fue también el proyecto de Fernán Caballero en pasajes significativos de su obra. Defensora de la nacionalidad española y de la posibilidad de la literatura para articular proyectos de cohesión social, empleó a menudo el elemento popular como fundamento de una etnopoética meridional, por lo demás firmemente asentada en el imaginario europeo desde la historiografía romántica. Pero es evidente que el regionalismo literario de Böhl de Faber no entró jamás en contradicción con la defensa del Estado español. La representación de Andalucía en su obra no tuvo por objetivo acentuar sus diferencias con respecto a otras comunidades culturales del Estado, sino elegir las costumbres andaluzas como quintaesencia y expresión más acendrada del españolismo. El carácter centrípeto del regionalismo andaluz de Fernán Caballero contrasta, por tanto, con el carácter centrífugo del regionalismo gallego de Rosalía de Castro, tal y como se expresará, por ejemplo, en el prólogo apologético de los *Cantares gallegos*.

En suma, cuando en la citada dedicatoria Rosalía de Castro dice que en sus palabras la escritora andaluza se había apartado «algún tanto de las vulgares preocupaciones con que se pretende manchar mi país», está reconociendo una fisura insalvable entre su «país» y el de Fernán Caballero. Esta es la razón por la que en su carta Böhl de Faber se ve obligada a invertir el sentido político del libro rosaliano. En un sutil quiebro retórico, la autora andaluza finge ignorar la voluntad galleguista del libro, reconociendo en él un «sentido de patriotismo» sin duda ajeno a la *intentio auctoris*. A este fin, se permite recordarle a Rosalía de Castro que enaltecer a Galicia no debe ser otra cosa que enaltecer a España y que las glorias de la provincia gallega son patrimonio de una historia común a todos los pueblos del Estado:

Mil y mil gracias por haberme remitido esta expresión idealizada de aquella bella y lozana provincia, mil enhorabuenas por el noble y poético espíritu de verdadero y sentido patriotismo que la ha dictado. Diré a U. no obstante que me parece injusto la injusticia de que U. se queja y lamenta tocante a su país. Galicia, sus hombres, monumentos, marina y antigüedades, ocupan un lugar muy privilegiado en la historia de España y hartos más que otras provincias (Angueira ed. 2013: 10).

⁴ La palabra «patria» figura, por ejemplo, en el poema elegido para poner cierre a los *Cantares gallegos*: «non me espriquei cal quixera / pois son de espricansa pouca / si grasia en cantar non teño / o amor da patria me afoga» (634).

A esta luz, todavía parece más sorprendente la elección de Böhl de Faber como destinataria del poemario *Cantares gallegos*. Una pregunta oportuna en este contexto es qué obra exacta de Fernán Caballero tenía en mente cuando escribió la dedicatoria, habida cuenta de que ni en *La Gaviota* ni en *Clemencia* -los dos textos mencionados en el envío- hay referencias a Galicia. Según Fermín Bouza Brey (1963), el primer investigador que se ocupó de esta cuestión, la respuesta se encontraría en una novela publicada cinco años antes por Fernán Caballero, *Cosa cumplida solo en la otra vida: diálogos entre la juventud y la edad madura*, cuyo diálogo sexto, titulado «Un tío en América», es un viaje por Galicia.

El episodio es pródigo en descripciones literarias que encarecen la belleza del paisaje gallego, conforme a la perspectiva romántica del pintoresquismo (Cantos Casenave 1997). Algunas de estas descripciones parecen resonar, de hecho, en el prólogo de *Cantares gallegos*. Pero muchos otros pasajes de *Un tío en América* resultan abiertamente denigratorios, al insistir en las condiciones de inhabilitabilidad de los parajes y de sus viviendas, factor que asienta en el texto el tópico del atraso de Galicia. Este es, en buena medida, el contexto de pensamiento con respecto al cual Rosalía de Castro pretendía actuar en sus *Cantares gallegos*. Para contestar a esta tradición, la autora echa mano de un arma muy común en los discursos que pretenden cuestionar la identidad hegemónica e impulsar nuevos repertorios de ideas sobre la comunidad. Nos referimos al tan poderoso como controvertido sentimiento de agravio y al presupuesto de que toda humillación puede y debe ser reparada por medio de una contraofensiva. Así, en un desplazamiento geopolítico retóricamente muy eficaz, en el citado prólogo a *Cantares gallegos* la autora compara las agresiones de los franceses a España durante la guerra de la Independencia con las agresiones infligidas por los españoles a los gallegos (Castro 1993: 490).

Resulta interesante constatar hasta qué punto el sentimiento de agravio, esta vez expresado desde la ideología españolista, traspasó los textos de Fernán Caballero. Hablando de sus escritos, en carta a José Joaquín de Mora, la escritora andaluza apunta: «sé que el tiempo les dará valor, pues cuanto he pintado desaparecerá como el humo dentro de poco, pues usted sabe cuál desaparecen las nacionalidades, y más en un país que tan poco aprecia la suya» (Valencina ed. 1919: 17). De un modo todavía más expresivo, haciendo referencia a la novela *Lucas García*, le escribe al mismo autor: «me lisonjeo agrada a usted, no por su mérito, sino por su espíritu, que es rehabilitar y hacer conocer nuestra tan calumniada nacionalidad» (Valencina ed. 1919: 67).

Así pues, si los proyectos ideológicos de Rosalía de Castro y Fernán Caballero fueron antagónicos, los procedimientos retóricos que les sirvieron para asentarlos fueron muy semejantes. Tal vez porque, pese a sus discrepancias ideológicas, ambas ejercieron el oficio de escribir desde una posición que valdría definir como exotópica, siguiendo la denominación que Cabo Aseguinolaza (2011) reconoció para Rosalía de Castro. El carácter excéntrico de su posición como escritoras, y la consecuente inestabilidad enunciativa, generó en ambas una suerte de ansiedad identitaria que afectó a su autocaracterización como mujeres escritoras, en ambos casos reticente a la visibilidad pública, pero también a otros mecanismos de definición ontológica como el étnico-nacional. En el caso de Rosalía de Castro, hay que tener en cuenta el hecho de que, tras su breve etapa madrileña de juventud y su matrimonio con Murguía, hubo de diseñar su trayectoria literaria desde la periferia del Estado. En el caso de Fernán Caballero, sería necesario atender a su origen germánico y la vacilación lingüística que caracterizó su producción, sobre todo en los inicios. Muy sugerente resulta también la incidencia del discurso etnográfico en la obra de ambas, que es posible rastrear incluso en el plano

biográfico. Pensemos en el importante papel desempeñado por Manuel Murguía, esposo de Rosalía de Castro, y Böhl de Faber, padre de Fernán Caballero, en la rehabilitación respectiva de los floklores gallego y andaluz.

Pese a estos paralelismos, la función asignada a Fernán Caballero y a Rosalía de Castro en los campos literarios español y gallego corrió una fortuna muy desigual. El mencionado trabajo de Kirkpatrick testimonia su rehabilitación como precursora del realismo, pero hasta épocas recientes la adscripción de su obra a la estética costumbrista minimizó su impacto en el proceso de nacionalización literaria española. En abierto contraste con la dinámica descrita, desde finales del siglo XIX el discurso crítico e historiográfico del galleguismo enfatizó el carácter fundacional de la producción rosaliana en relación con la identidad política y cultural de Galicia, aunque ciñéndose en exclusiva a la producción escrita en lengua gallega.

Tal vez el único modo de desatar este nudo crítico sea matizar el peso del criterio lingüístico en la caracterización de las literaturas del siglo XIX y, más específicamente, en la obra poética y narrativa de Rosalía de Castro. Si rompemos la identificación biunívoca entre la defensa de Galicia y el empleo del idioma gallego (casi un fetiche en la interpretación tradicional de su obra), podemos entender mejor con qué valores ideológicos identificaba la autora la «galleguidad». Acaso en la caracterización de la identidad colectiva de Galicia Rosalía de Castro partió de la defensa de una etnicidad cultural, definida filológicamente al modo herderiano, para terminar priorizando la defensa de una serie de ideales sociales vinculados a la composición sociológica de la Galicia campesina y marinera. Mientras que en los inicios de su carrera literaria la escritora asumiría como propio el proyecto de una identidad nacional definida de acuerdo con parámetros étnicos y territoriales (proyecto muy querido a su marido Manuel Murguía, líder del Rexurdimento gallego, y cuyo papel en la publicación de *Cantares gallegos* fue tan relevante), en los últimos años defendió una identidad colectiva menos dependiente del parámetro lingüístico y cultural.

Aun siendo plenamente consciente del impacto que había tenido su decisión de emplear el idioma autóctono en un libro de poemas, como indica el prólogo a *Follas novas* (Castro 1993: 273), esta evolución afecta tanto a las obras escritas en gallego como a las escritas en castellano. Pensemos en el modo en que su primera novela, *La hija del mar*, enfatiza el protagonismo de un «pueblo poeta», tan afín a la conceptualización romántica del *Volkgeist*, y que cristalizaría en el «espírito do noso pobo» del prólogo de *Cantares gallegos*. Pero esta visión idealizada de la comunidad (que, *mutatis mutandis*, podía suscribir Fernán Caballero con respecto al pueblo andaluz) contrasta fuertemente con las «multitudes dos nosos campos» avistadas en el libro *Follas novas*. La propia autora parece reconocerlo al confrontar explícitamente los objetivos de *Cantares gallegos* y *Follas novas*:

Libros enteiros poideran escribirse falando do eterno infortunio que afixe os nosos aldeáns e mariñeiros, soia e verdadeira xente do traballo no noso país. Vin e sentín as súas penas como si fosen miñas, mais o que me conmoveu sempre, e polo tanto non podía deixar de ter un eco na miña poesía, foron as innumerables coitas das nosas mulleres: criaturas amantes para os seus i os estraños, cheas de sentimento, tan esforzadas de corpo como brandas de corazón e tamén tan desdichadas que se dixeran nadas solasmentes para rexeer cantas fatigas poidan afrixir a parte máis froxa e inxel da humanidade. No campo compartindo metade por metade cos seus homes as rudas faenas, na casa soportando valerosamente as ansias da maternidade, os traballos domésticos e as arideces da probeza (Castro 1993: 271-272).

La cita de Rosalía de Castro apunta hacia el elemento que, en cierto sentido, opera como *tertium exclusum* en este juego de oposiciones entre los fundamentos étnicos y sociológicos. Nos referimos a las mujeres, y más concretamente a las mujeres campesinas, cuya presencia en *Cantares gallegos* y *Follas novas* resulta un acontecimiento singular en el conjunto de la literatura española del siglo XIX. Este es probablemente el aspecto en el que los proyectos de las dos escritoras se perfilan como más distantes, aunque trabajos recientes como el de Joana Masó, sobre el uso del término «autor» en *La hija del mar*, o el de Kaioura, sobre la agencialidad de los personajes femeninos en *Clemencia*, permiten matizar la atribución tradicional de un feminismo literario *avant la lettre* a la primera y de una concepción tradicionalista del género sexual a la segunda. Pero lo cierto es que, en su carta a Rosalía de Castro, Fernán Caballero lamentaba una sátira de la que había sido objeto en la prensa de la época y no sin cierta reticencia se refería al hecho de que había sido «firmada por un seudónimo femenino» (Angueira ed. 2013: 11). Al tiempo que ella misma elegía un pseudónimo masculino para asumir una presencia autorial en la esfera pública, en la carta exponía los límites y posibilidades de la literatura escrita por mujeres: «benditas sean las plumas femeninas, que en nuestro país son las puras vestales que se consagran a conservar los sagrados fuegos de la Religión, patriotismo, poesía, amor de familia y todo lo bueno» (Angueira ed. 2013: 12). Compárese este programa literario, fundamentado en la figura burguesa del ángel del hogar, con la progresiva conversión de las trabajadoras de los campos gallegos en sujeto privilegiado de la escritura de Rosalía de Castro.

A fin de esclarecer mejor la concepción rosaliana del vínculo entre los parámetros étnico-nacionales y los de clase social, será útil regresar al tratamiento de Galicia en la narrativa de Fernán Caballero. Tal y como se afirma explícitamente en la dedicatoria de *Cantares*, las páginas que dedicó la autora andaluza a esta cuestión fueron pocas. En cambio, consagró algunas de ellas a la caracterización de los jornaleros gallegos en Andalucía. Más en concreto, la novela epistolar *Una en otra*, publicada pocos años antes de *Cantares gallegos*, contiene un pasaje que depara un trato abiertamente peyorativo a los emigrantes. El fragmento pertenece a la «Carta V», y se inserta en la descripción de una escena de cortejo entre Don Judas y Casta. Los «mandaderos» gallegos -así los denomina la narradora- portan una tarta con la que el personaje masculino desea agasajar al femenino. Fernán Caballero no se limita a mofarse de su aspecto físico («Un gallego, negro de colorado, y chorreando sudor») (Caballero 1893-1914: 83), sino que además parodia su manera de hablar: «señur, es que lu que trallemus non puede entrare por la puerta» (Caballero 1893-1914: 83).

La caracterización lingüística de los mandaderos no resultará extraña a los lectores de Rosalía de Castro. La autora gallega usó también el denominado *castrapo* como mecanismo de denuncia de los fenómenos de pérdida cultural en su artículo «El cadiceño», mecanismo que apunta a una tradición de representación del habla deturpada de los emigrantes, presente en la prensa gallega al menos desde inicios del siglo XIX (Cabo Aseguinolaza y Rábade Villar 2013) y que, a la luz del trabajo del profesor José Manuel González Herrán (1985) sobre Rosalía y Pereda, cabría seguir rastreando en sus proyecciones peninsulares.

En todo caso, en contraste con el artículo de Rosalía de Castro, el objetivo de Fernán Caballero no es denunciar al gallego que se avergüenza de serlo, sino poner de relieve su inadecuación social en el contexto de acogida. A lo que cabe añadir su dificultad para expresarse con propiedad, su incapacidad para actuar con decoro, su cortedad intelectual y falta de destreza («autómatas estúpidos», «tortugas del demonio», Caballero 1893-1914: 83) y su avaricia. Esta última crítica queda realzada en el texto cuando Don Judas

amenaza con dejar de pagarles, desesperado ante su torpeza, y ante lo que interpreta como una «conjuración socialista», pues alguien ha colocado una bandera roja en manos de la muñeca que corona la tarta (Caballero 1893-1914: 87).

El motivo de la avaricia de los gallegos traspasa, de hecho, toda la obra de Fernán Caballero. Da testimonio de ello uno de sus cuentos de encantamiento, titulado «El galleguito», que para Gómez Yebra reviste un marcado «componente xenófobo» (1994: 49) o, de un modo más incidental, un pasaje de sus *Cuentos y poesías populares andaluces* de 1866, en donde la anécdota se hace descansar en la dilogía de la palabra «cuarto», entendida en sentido religioso como «cuarto mandamiento» o, en sentido económico, como jornal (Caballero 1866: 110). A la luz de estos ejemplos resulta más comprensible el enojo con el que Fernán Caballero responde al sentimiento de injusticia manifestado por Rosalía de Castro. La escritora germano-andaluza no está únicamente defendiendo una posibilidad repertorial entre otras: está defendiendo una apuesta (*i. e.*, el uso humorístico del estereotipo del gallego) que su propia literatura concretó de un modo decidido.

En cuanto a Rosalía de Castro, podríamos pensar que al dedicarle sus *Cantares* era desconocedora de la novela *Una en otra*, el testimonio más explícitamente antigallego de Böhl de Faber previo a la publicación de *Cantares gallegos*, y que ni Carballo Calero (1959), ni Bouza Brey (1963) ni Anxo Angueira (2013) toman en cuenta en su análisis de la cuestión. O puede ser también que Rosalía de Castro fuese conocedora no solo del viaje por Galicia descrito en *Cosa cumplida... solo en la otra vida*, sino también de esta novela. En este último caso habría que suponer que la dedicatoria, además de ser reticente, estaría atravesada por el sentido de la ironía, arma en la que la autora gallega era maestra.

La confrontación entre los parámetros étnicos y los sociológicos permitirá de nuevo comprender mejor las implicaciones de esta cuestión. A la visión que Fernán Caballero tiene de los gallegos subyacen tanto estereotipos culturales como de clase, habida cuenta de que los mandaderos se encontraban en la última escala de la jerarquía social del XIX. En la carta a Rosalía de Castro, la propia escritora andaluza hablaba de los «gallegos grotescos e ineptos que salen de su país para ocupar oficios bajos pero lucrativos» (Angueira ed. 2013: 11). No deberíamos olvidar, en todo caso, que también la autora gallega tenía una concepción muy desfavorable de la emigración como proceso sociológico y no siempre favorable de los emigrantes como sujeto histórico (Núñez Seixas 1998).

Concretamente, en «El cadiceño» Rosalía de Castro emprende una sátira cruel del acento andaluz y de las costumbres petulantes importadas por los gallegos que han trabajado en Cádiz y que debería leerse a la luz de la carta de Fernán Caballero y su referencia a «la jactancia y ponderaciones de los andaluces» (Angueira ed. 2013: 11). Pero la trama de afinidades se estrecha todavía más si atendemos al hecho de que el protagonista de «Un tío en América» resulta ser Benito, un emigrante gallego a América. Por su parte, «Las literatas» parodia la figura de un barbero cuya estancia en La Habana le había conferido un aire «circunspecto y orgullosamente grave» (Castro 1993: 656). Cabe leer esta descripción en convergencia con la analogía establecida por «El cadiceño» entre los emigrados a Andalucía y a Cuba, toda vez que con frecuencia los gallegos usaban la ciudad andaluza como tránsito hacia la aventura americana (Pascua Sánchez 1994). Pero, para nuestro propósito, lo más interesante de «Las literatas» se encuentra en una alusión incidental al acento andaluz, donde brilla de nuevo la ironía rosaliana. Todo el cuento pivota en torno a las reservas con las que los hombres reciben

el trabajo de las literatas, especialmente el de aquellas que todavía no han ganado una posición de reconocimiento en el campo literario. A la luz de la polémica descrita, cabría pensar que el «andaluz» del siguiente pasaje esconde una malévola alusión a Fernán Caballero: «pero ¿cómo cree que *ella* pueda escribir tales cosas? Una mujer a quien ven todos los días, a quien conocen desde niña, a quien han oído hablar, y no andaluz, sino lisa y llanamente como cualquiera, ¿puede discurrir y escribir cosas que a *ellos* no se les han pasado nunca por las mientes, y eso que han estudiado y saben filosofía, leyes, retórica y poética, etc.?» (Castro 1993: 658-659).

Si consideramos ambos artículos en conjunto, podríamos preguntarnos cuál es el origen de la visión tan crítica y desengañada que Rosalía de Castro sostuvo de la emigración gallega. Sin duda, una de las claves se halla en el problema de la propiedad de la tierra, que constituyó uno de los ejes discursivos de su obra, y que habilita una concepción materialista, *avant la lettre*, de la identidad territorial gallega. La esencialización idealizada del paisaje, a la que la autora sin duda contribuyó en su primer libro y que llegaría a constituirse como el principal elemento de nacionalización discursiva en Galicia (López Sáñez 2008), parece irse subordinando a un motor todavía más poderoso. En efecto, asentado en el campesinado el privilegio de la representación de una subjetividad colectiva, la defensa de la identidad territorial resulta indisociable de la recuperación de la tierra por parte de quienes la trabajan. La consecuencia es clara: el sistema foral esclaviza a los trabajadores del campo, y al despoblar de gente el país, la emigración obstaculiza el destino histórico de reconquistar la propia tierra: «este vaise i aquel vaise / e todos, todos se van / Galicia, sin homes quedas / que te poidan traballar.» (Castro 1993: 407) No resulta extraño que en muchos poemas sobre la emigración Rosalía de Castro parezca identificarse antes con su idea, casi mítica, de una Galicia liberada de la servidumbre que con la prosaica realidad humana (Castro 1993: 410-414), o incluso que, en no pocas ocasiones, los emigrantes sean contemplados únicamente en su efecto pernicioso sobre Galicia. El proceso resulta muy visible en «¡Volved!» de *En las orillas del Sar* (Castro 1993: 491-492), amarga exhortación a quienes han abandonado su tierra y en la que se insinúa que ni siquiera su regreso podrá dar cumplimiento al destino que la autora sueña para su país.

Hay una última cuestión relevante a la hora de analizar el vínculo entre las conceptualizaciones étnicas y de clase en Rosalía de Castro: ¿por qué la autora no llegó a representar en su obra la emergencia de un proletariado industrial? Sus poemas y relatos se ocuparon profusamente de los trabajadores del mar (*La hija del mar*, «Costumbres gallegas») y el campesinado (*Cantares gallegos*, *Follas novas*). Pero la autora se interesó además por posiciones sociales tan características del siglo XIX como la hidalguía venida a menos (*Ruinas*), la burguesía y el artesanato urbano (*El caballero de las botas azules*) o el dandysmo y la bohemia (*Flavio*). En cambio, la palabra fábrica aparece una única vez en el *corpus* rosaliano (concretamente, en la novela *El primer loco*) y la palabra «obreros» es consignada apenas dos veces en el libro *En las orillas del Sar*, una de ellas para hacer referencia al trabajo industrial de los científicos (Castro 1993: 543).

A pesar del carácter eminentemente rural de la Galicia del siglo XIX, resulta en cierto sentido extraña la marginación rosaliana del mundo industrial y de sus agentes, sobre todo porque no todas las obras de la escritora tomaron el espacio gallego como objeto de representación. Además, los estudios de Davies (1987) o de Rodríguez (2011) confirman que estuvo más que familiarizada con aquello que Fernán Caballero denominaría «conspiración socialista» y la siguiente frase de *El caballero de las botas azules* parece dejar pocas dudas al respecto: «lo que pretende el duque es establecer en

España un Banco universal y acaso... dar a la propiedad un golpe maestro» (Castro 1993: 211). Acaso, fruto ella misma de la hidalguía gallega, clase social amenazada por la desaparición, le interesó más explorar las posiciones en crisis que las emergentes. Dentro de los trabajadores, no elige a los artesanos ni a los vendedores, sino a los campesinos y a los marineros y, de entre ellos, ante todo a las mujeres. Sobre la burguesía madrileña, con muy escaso aprecio, escribirá: «la clase media se agita en su estrechez semejante a un hormiguero» (Castro 1993: 103) y en la misma novela, disipando la impresión de que la voz narrativa simpatiza con *todas* las mujeres, independientemente de su clase, las pretensiones de ascenso social de las hijas de los profesionales liberales serán sometidas a un fuerte ataque. En términos sociológicos, tal vez la principal tarea de la literatura de Rosalía de Castro fue la contestación de la burguesía (Rodríguez 2011, Miguélez Carballeira 2013), aun al precio de tener que asumir para ello una posición aristocrática. Tal vez fue el desclasamiento, más que la conciencia de clase, la condición que la autora se propuso analizar críticamente en su obra. Aunque por muy diversos medios y desde muy distintas posiciones, en el fondo este enfoque no se aparta en exceso de la larvada crítica vertida por Fernán Caballero a los gallegos que, por medio de la emigración a Cádiz, pretendían orientar sus vidas hacia la movilidad social ascendente.

A lo largo de estas páginas he tratado de leer la relación entre las escritoras Rosalía de Castro y Fernán Caballero como un indicio de tensiones que van más lejos -o más cerca- de lo afectivo y hasta de lo subjetivo. En la ambivalencia emocional de su relación traté de localizar síntomas de la ambivalencia con la que ambas se enfrentaron a algunas de las nociones más relevantes de su época. Aunque en cierto modo escindido entre una hermenéutica nacional y una hermenéutica sociológica, el relato crítico que, desde la historiografía galleguista del siglo XX, abordó la recepción de Fernán Caballero por parte de Rosalía de Castro minimizó el impacto de las dos categorías. Al proceder de este modo, críticos como Fermín Bouza Brey (1963) y Carballo Calero (1959, 1986) en cierto sentido desactivaron un episodio significativo del pasado literario gallego y español, presentando una particular encrucijada histórica como si fuese una corriente de afectos o desafectos personales.

En su análisis de la carta de Fernán Caballero a Rosalía de Castro, el profesor Anxo Angueira ha sido el primer estudioso en sacar a la luz el modo en que el desencuentro personal entre ambas escritoras constituye el indicio de una fuerte tensión ideológica. La clave de esta tensión habría que situarla, además de en la diferencia generacional, en la oposición entre el (proto)nacionalismo gallego y el nacionalismo español y en los distintos modelos de mujer escritora defendidos por ambas (Angueira: 2013: 18). Sin embargo, al rebajar el alcance del término «plebeya»⁵, considerándolo como un equivalente semántico de «poco delicada» (Angueira 2013: 18), en cierto sentido desatiende la importancia decisiva de los parámetros sociológicos en el análisis de esta cuestión. De hecho, el adjetivo se repetirá varias veces a lo largo de la producción escrita de Rosalía de Castro, y de modo muy significativo en el artículo «Las literatas», donde el ataque a la fiebre literaria desatada entre todas las clases sociales tomará de nuevo forma en un juicio aristocrático: «¿No se han hecho [las musas] acaso tan ramplonas y plebeyas que acuden al primero que las invoca, siquiera sea la cabeza más vacía?» (Castro 1993: 656).

⁵ Kirkpatrick (2011) ha llamado la atención sobre los prejuicios de clase en esta pieza de los años sesenta. Años después, Rosalía de Castro volverá a expresar la misma idea, esta vez en lengua gallega: «e nos dominios da especulación como nos da arte, nada máis inútil nin cruel do que o vulgar. Del fuxo sempre con todas as miñas forzas» (Castro 1993: 270).

En consecuencia, una argumentación que concede al término la carga semántica que le es propia permite comprobar que son los matices aristocráticos del término «plebeya» los que permiten desvelar posiciones autoriales no tan distantes como podría pensarse *a priori*. A pesar de que la proyección de ciertos valores de clase en la obra de ambas escritoras obedeciese a finalidades contrapuestas, su papel social como escritoras las sitúa en una esfera distante de la pública, considerado este ámbito en un sentido moderno: en Rosalía de Castro, por rechazo aristocrático a las «musas ramplonas y plebeyas»; en Fernán Caballero, por su consideración de que el ámbito privilegiado para la expresión femenina reside en la transmisión de los valores domésticos. Por otra parte, aunque la aparición de la carta de Fernán Caballero permite aclarar en parte la mordacidad con la que Rosalía de Castro se refiere a ella en su epistolario, no cabe descartar la posibilidad de que el conocimiento de nuevos datos y documentos permita esclarecer de un modo más preciso algunos cabos sueltos en el conocimiento de la relación entre las dos autoras.

Consideraciones como las precedentes deberían de servir como acicate, en fin, para un trabajo aún inconcluso en la obra de Fernán Caballero y Rosalía de Castro: la edición completa, acometida con métodos rigurosos y fiables, del total de su producción escrita. En lo que atañe a los objetivos de este artículo, sería especialmente apremiante la edición de sus respectivos epistolarios, atendiendo tanto a las cartas que enviaron como a las que recibieron⁶. Hasta donde hoy en día podemos saber, las que ellas mismas cruzaron entre sí y con otros no escapan a un principio general de profundas implicaciones epistemológicas: los discursos de fundamento íntimo permiten la circulación de determinados saberes, normas o prejuicios difícilmente accesibles por otros cauces. Pero, aun plenamente instalados en lo que ha venido denominándose «giro afectivo» (Clough y Halley 2007) de los estudios sociales y humanísticos, también creemos necesario preservar cierta cautela crítica ante los dispositivos textuales basados en la expresión emocional. No en vano en la historiografía literaria gallega la retórica de las emociones adquirió con frecuencia el propósito de presentar determinadas tensiones ideológicas como si fuesen disposiciones de carácter sentimental (Miguélez-Carballeira: 2013).

Resulta muy reveladora a este respecto la insistencia de la carta de Fernán Caballero en que el corazón de Rosalía de Castro es bondadoso, así como su modo de conminarla a que, ante la disyunción ética entre el sentimiento del agravio y la benevolencia, escoja siempre la segunda vía: «hay dos prismas para ver las cosas, Señora y amiga, el dulce y poético de la benevolencia que embellece las cosas y el agrio y acerbo de la malevolencia que las denigra: por suerte U. y yo, U. rruiseñor de Galicia, yo sencillo pintor de costumbres andaluzas, tenemos el primero» (Angueira ed. 2013: 11). Una vez más, el propósito explícito de este alarde de sentimentalismo moral es que cada una de ellas canten al unísono desde sus respectivas *provincias* (Andalucía y Galicia) en aras de la concordia nacional española.

La concepción tradicional de la historia literaria ha tendido a forjar grandes narrativas donde la épica de las naciones puede llegar a presentar sutiles alianzas con móviles de apariencia emotiva. Presentar a los autores como personajes movidos por la ira, la

⁶ Las cartas de Rosalía de Castro que sobrevivieron a la quema hecha por su marido Manuel Murguía han sido editadas en las sucesivas ediciones de sus obras completas y son [accesibles en el portal del Consello da Cultura Galega](#). Falta todavía acometer la edición del total de las cartas por ella recibidas, dispersas en diversos archivos, y tampoco existe ningún estudio de conjunto sobre su epistolario. Las cartas de Fernán Caballero, recogidas en el pasado por autores como Valencina (1919), López Argüello (1922) o Montoto (1961), no han merecido una edición actualizada, aunque sí análisis relativamente detallados como el de Fernández Poza.

soberbia, el desprecio o la envidia resulta lógicamente más atractivo que concebirlos, al modo estructural, como piezas de un juego cuyas reglas se les escapaban. No pretendo refrendar el supuesto de que, tal y como querían los estructuralistas, los fenómenos literarios -entre ellos, la relación entre dos escritoras- obedezcan a reglas ciegas y mecánicas. Únicamente quise sugerir que lo humano, tanto en la literatura del pasado como en los relatos críticos sobre la literatura del pasado, resulta a veces «demasiado humano». ¿Cuántas veces la hostilidad o el aprecio entre escritores esconde cuestiones más -o menos- complejas que el odio o el amor? En este sentido, parece conveniente aprender a leer los relatos sobre afectos y desafectos buscando en ellos todas las implicaciones posibles, que a menudo difieren de aquello que, a primera vista, los propios relatos críticos parecen revelar.

Bibliografía

- ANGUEIRA, Anxo. (2013). *Unha primeira edición de Cantares gallegos con fotografía, autógrafo e carta de Rosalía*. Padrón. Fundación e Casa Museo Rosalía de Castro.
- (ed.). (2013). «Fernán Caballero a Rosalía de Castro». *Unha primeira edición de Cantares gallegos con fotografía, autógrafo e carta de Rosalía*. Padrón. Fundación e Casa Museo Rosalía de Castro. 10-12.
- BOUZA BREY, Fermín. (1963). «Los Cantares gallegos o Rosalía y los suyos entre 1860 y 186». *Cuadernos de Estudios Gallegos*. 56. 252-30.
- CABALLERO, Fernán. (1857). *Cosa cumplida... solo en la otra vida. Diálogos entre la vejez y la edad madura*. Madrid. Tipografía de Don Francisco de P. Mellado.
- . (1893-1914). *Una en otra. Obras completas*. Madrid, Establecimiento Tipográfico «Sucesores de Rivadeneyra».
- . (1866). *Cuentos y poesías populares andaluces*. Leipzig, F. A. Brockhaus.
- . (1874). *Cuentos de encantamiento y otros cuentos populares*. Leipzig. F. A. Brockhaus.
- . (1922). *Epistolario: una colección de cartas inéditas*. Ed. A. López Argüello. Barcelona, Gustavo Gili.
- . (1961). *Cartas inéditas de Fernán Caballero*. Ed. Santiago Montoto. Madrid. Aguirre Torre.
- . (1994). *Genio e ingenio del pueblo andaluz*. Ed. Antonio A. Gómez Yebra. Madrid Castalia.
- CABO ASEGUINOLAZA, Fernando. (2008). «Literaturas regionais e História Literária. Perspectivas comparatistas». *Veredas. Revista da Associação Internacional de Lusitanistas*. 10. 87-104. [Disponible en internet](#).
- . (2011). «Exotopía y emergencia. Sobre *La hija del mar* de Rosalía de Castro». *Literatura, Espaço, Cartografias*. Ed. A. Apolinário Lourenço y O. M. Silvestre. Coimbra. Universidade de Coimbra. 17-38.
- . (2013). *El lugar de la literatura española. Historia de la literatura española contemporánea. Historia de la literatura española*. Ed. José-Carlos Mainer. Barcelona. Crítica.

- y María do Cebreiro RÁBADE VILLAR. (2013). «'Tipos de Galicia. El cadista', de Antonio Neira de Mosquera». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo* LXXXIX. 199-216.
- CANTOS CASENAVE, Marieta. (1997). «La recreación de la naturaleza en los cuentos de Fernán Caballero. Lo pintoresco». *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*. 4- 5. 59-79.
- CARBALLO CALERO, Ricardo. (1959). *Contribución ao estudo das fontes literarias de Rosalía de Castro*. Lugo. Celta.
- . (1986). «La obra castellana de Rosalía». *Cursos superiores de verano en Galicia. Del 22 de julio al 30 de agosto de 1985*. Santiago de Compostela, Fundación Alfredo Brañas. 17-30.
- CASTRO, Rosalía. (1993). *Obras completas*. Ed. Marina Mayoral. Madrid. Turner.
- CHARNON-DEUTSCH, Lou. (1994). *Narratives of Desire: Nineteenth Century Spanish Fiction by Women*. University Park, PA. Pennsylvania State University Press.
- CLOUGH, Patricia T y Jean HALLEY. (2007). *The Affective Turn: Theorizing the Social*. Durham. Duke University.
- DAVIES, Catherine. (1987). *Rosalía de Castro no seu tempo*. Vigo. Galaxia.
- FERNÁNDEZ POZA, Milagros. (1998). «El Epistolario de Fernán Caballero: correspondencia y corresponsales». *Actas del Encuentro Fernán Caballero hoy*. Ed. Milagros Fernández Poza y Mercedes García Pazos. Cádiz. Ayuntamiento de El Puerto de Santa María. 141-172.
- GÓMEZ YEBRA, Antonio A. (1994). Véase Caballero (1994).
- GONZÁLEZ HERRÁN, José Manuel. (1986). «Rosalía y Pereda, costumbristas: El Cadiceño y El Jándalo». *Actas do Congreso internacional de estudos sobre Rosalía de Castro e o seu tempo*. Santiago de Compostela. Consello da Cultura Galega/Universidade de Santiago de Compostela. I. 435-447.
- HROCH, Miroslav. (1985). *Social preconditions of National Revival in Europe*. New York. Columbia University Press.
- KAIOURA, Leslie. (2012). «Fernán Caballero's Lessons for Ladies: Female Agency and the Modeling of Proper Womanhood in *Clemencia*». *Decimonónica*. 9. 1-17.
- KIRKPATRICK, Susan. (1998). «Configuraciones sobre el género sexual en la configuración del hispanismo: una perspectiva estadounidense». *Moenia*. 4. 71-85.
- . (2011). «Women as Cultural Agents in Spanish Modernity». En *A Companion to Spanish Women's Studies*. Ed. Xon de Ros y Geraldine Hazbun. Londres. Tamesis. 228-242.
- LÓPEZ SÁNDEZ, María. (2008). *Paisaxe e nación: a creación discursiva do territorio*. Vigo. Galaxia.
- MASÓ, Joana. (2012). «Declinaciones de la autoría en la obra de Rosalía de Castro». En *Canon y subversión. La obra narrativa de Rosalía de Castro*. Ed. Helena González Fernández y María do Cebreiro Rábade Villar. Barcelona. Icaria.
- MIGUÉLEZ-CARBALLEIRA, Helena. (2013). *Galicia, A Sentimental Nation. Gender, Culture, and Politics*. Bangor. University of Wales Press.
- MURGUÍA, Manuel. (1885). *Los precursores*. A Coruña. La Voz de Galicia.
- NÚÑEZ SEIXAS, Xosé M. (1998). «Retornados e inadaptados: el 'Americano' Gallego, entre mito y realidad (1880-1930)». *Revista de Indias*. 58. 555-93.

- PARDO BAZÁN, Emilia. (s. d.). *Retratos y apuntes literarios*. Madrid. Administración.
- PASCUA SÁNCHEZ, María José. (1994). «Los gallegos en Cádiz de la Carrera de Indias, balance secular de un proceso migratorio (1682-1778)». *Migraciones internas y medium-distance en la Península Ibérica, 1500-1900. II*. Ed. Antonio Eiras Roel y Ofelia Rey Castelao. Santiago de Compostela. Xunta de Galicia. 845-57.
- RODRÍGUEZ, Francisco. (2011). *Rosalía de Castro, estranxeira na súa patria. A persoa e a obra de onte a hoxe*. A Coruña. ASPG.
- SORIA, Andrés (ed.). (1966). «Introducción». *Cuentos andaluces de Fernán Caballero*. Madrid, Alcalá.
- VALENCINA, Diego (ed.). (1919). *Cartas de Fernán Caballero*. Madrid. Librería de los Sucesores de Hernando.